

¿Qué tipo de recesión nos espera?

ANTÓN COSTAS

EL PAÍS - 20-01-2009

En las últimas semanas me han preguntado muchas veces cuál es la diferencia entre una desaceleración, una recesión y una depresión económica, y si es posible que la economía española pueda caer en una situación de este último tipo. Veamos.

Lo que marca la diferencia entre esos tres conceptos es la intensidad y, especialmente, el tiempo en que una economía permanece creciendo por debajo de su potencial o se estanca. Si, por ejemplo, estaba creciendo por encima del 3%, como era el caso de la economía española en los últimos años, y pasa a tasas del 2% o del 1%, decimos que ha habido una desaceleración; es decir, continuamos creciendo, aunque a menor ritmo. Si ese crecimiento pasa a ser cero o negativo durante al menos dos trimestres, entonces hablamos de recesión; en este caso retrocedemos, porque perdemos una parte de lo logrado anteriormente. Y si esa recesión se prolonga a lo largo de varios años, hablamos de depresión.

Para ver gráficamente la diferencia entre una recesión y una depresión, piensen en la forma de una V y una U. Una recesión acostumbra a tener forma de V: la economía se precipita desde una tasa de crecimiento alta hasta tocar fondo y volver a recuperar los niveles iniciales. Normalmente una recesión de este tipo dura unos 18 meses. Es lo que le ocurrió a la economía española cuando entró en la recesión de 1992-93.

Pero si, en vez de rebotar, la economía permanece estancada en el fondo, adoptando una forma de U, la recesión se transforma en depresión, que puede durar varios años. Ese fue el caso de la Gran Depresión de los treinta, a la que ahora tanto tememos.

Hay una forma extrema de recesión que adopta la forma de L, que es cuando la economía permanece estancada en el fondo de forma prolongada sin dar signos de recuperación. Éste es el caso de Japón, que lleva sumido en una depresión desde hace década y media.

¿Cuál de estos escenarios es el más probable para la economía española? Más de una vez, y a contracorriente del optimismo oficial y de algunos analistas de coyuntura, les he dicho en estas páginas que nos enfrentábamos a algo más que una "suave desaceleración".

Ahora ese pronóstico se ha transformado en previsión oficial. El viernes de la semana pasada el vicepresidente del Gobierno y ministro de Economía, Pedro Solbes, dejó atrás la complacencia y, con cierta solemnidad y dramatismo, les dijo a los ciudadanos que la economía española se enfrenta a una recesión dura prolongada. Según su pronóstico para 2009, la economía retrocederá un -1,9% (frente a la previsión oficial hasta ahora de un crecimiento del 1%), el desempleo rebotará al 16% (frente a la previsión del 12,5%) y el déficit se elevará al 5,8% (frente al 1,6% estimado hasta ahora).

En este escenario de recesión prolongada, paro y déficit público, la recuperación se retrasará más allá de 2010. El vicepresidente espera que el final de la legislatura marque la salida de la crisis.

Tengo un gran aprecio personal y profesional por Pedro Solbes. Como alto funcionario del Estado y como político que ha sido tres veces ministro y comisario de la Unión Europea, ha contribuido de forma destacada a la modernización y estabilidad de la economía española, así como a la integración europea. Y lo ha hecho manteniendo una trayectoria de rigor político y honestidad intelectual.

Esa misma trayectoria es la que me ha hecho difícil entender su ofuscación para no ver lo que se nos venía encima desde el momento en que explotó la burbuja inmobiliaria, se desencadenó la crisis financiera y apareció la sequía de crédito. Aunque es verdad que nunca llegó a los extremos que alcanzó la ofuscación del presidente del Gobierno.

Pero sean cuales sean las razones de esa ofuscación, el hecho relevante ahora es que el vicepresidente del Gobierno reconoce por fin la gravedad de la situación que tenemos delante.

Pero después de reconocer su valentía y sinceridad, he de decir que me ha vuelto a sorprender. No se puede decir a un paciente que está gravemente enfermo sin hacer a continuación dos cosas: primero, dar un diagnóstico de las causas de la enfermedad, y segundo, proponer una terapia. Sin estos dos elementos, no es posible restaurar la confianza entre ambos.

Mi sorpresa ha ido en aumento cuando he leído en la entrevista que publicó este diario el pasado domingo que dice: "En mi opinión hemos utilizado todo el margen de gasto público que teníamos, incluso hemos ido un poco más lejos de lo que según una interpretación estricta del

pacto de estabilidad deberíamos". Sumo a la población en la desesperanza.

El Gobierno no puede pasar del optimismo infundado al pesimismo irreflexivo. El riesgo de dejarse guiar por reglas estrictas de estabilidad es que la recesión se transforme en una depresión. Para evitarlo, Solbes tiene que morder con decisión la manzana del árbol del bien y del mal, la manzana prohibida del déficit público. La virtud de la ortodoxia financiera que tan bien ha practicado en el pasado ahora se transforma en un vicio.

La vida nos enseña que hay momentos en que hay que escoger entre dos males. En esos casos la mejor opción es el mal menor. Ahora hay que escoger en el riesgo del déficit público y el del desempleo. Y la historia de los años treinta nos dice que, entre esos dos males, el más perverso, tanto desde el punto de vista económico, como social y político, es el desempleo. No en balde en los años treinta estuvo asociado con la llegada del fascismo y el nazismo en Europa, que por cierto, no lo olvidemos, llegó al poder a través de elecciones.

El riesgo de Solbes con el gasto público, necesario para crear empleo y proteger a los desempleados, no es pasarse, sino quedarse corto.